

XXXXIII HENDIDURAS

cámila fernández

V

Entre las manos cansadas,
se ata, se desata, desenvuelve
ata, desata, desen-
vuelve los símbolos muertos,
los estira con sus dientes jalán-
dolos desde debajo de sus uñas.
Cementerios portátiles,
jardines de ojos altos y del-
gados, de pliegues y sombras.
Hay lugares sin lugar y es-
pacios sin espacio.

VI

En el vacío na3fragan las
más epidérmicas ilusiones
de un hombre, y sis in-
versiones.

VII

Espacio de rocas eyaculatorias,
de planetas imposibles de ubicar
en un mapa, de encuentros, de choques,
de estallidos violentos, de puntos al-
borotados en la inmensidad.

VIII

Y están también los jardi-
neros, los que confían en la
espes3ra de s3s manos, los
que se despejan la mirada con
las hendiduras abiertas y secas
de sus dedos, los que creen
en la fundición del ena-
morado con el sol, los que
viajan en el espacio sin sa-
lirse de su cuerpo, sin se-
parar a la cara de la cabeza.
Todo en su espasmo, todo espás-
mico.

VIIII

Y están los con-juntos y
están los números.
Está lo que imita a la lí-
nea del tiempo para retor-
cerse.

XV

Plegaria a la sordera,
oración a la entre-
pierna, no hay abis-
mos.

XVI

La cobija está hecha
de ceguera y de éx-
tasis, de atardecer
eterno que tritura y
espasmos que rizan
las puntas petrifica-
das.

XVII

La humedad en la habita-
ción, importante mante-
nerla.

XVIII

Lugares creados en los
pensamientos del des-
pierto, espacios inven-
tados en el intersticio
de la espesura de sus
lenguas, en los enun-
ciados inacabados que
siguen hacia adelante,

XX

Excremento blanco sobre
la balanza de la Injus-
ticia Suprema del salto;
al agujero tapado, a
la galera de plástico sin
puertas. Conspiración.

XXI

Tus cuatro manos verdes
no sueltan a la piedra.
Un mecías nace a diario
del hoyo.
Las muletas de piedra

s sostiene

sssu

vacío

el

XXI

Tus cuatro manos verdes
no sueltan a la piedra.
Un mecías nace a diario
del hoyo.

Las muletas de piedra
con sexo masculino ha-
cen el esfuerzo de in-
seminar al pelo del
caballo, a las escaleras
del volcán. Nacen seres,
defectos maravillosos
que defecan después de
comerse a las luciér-
nagas. O+S+S+O=θ

XXII

Quizá un anillo extraño
nos proteja de los pe-
ligros del cosmos. Quizá
una linterna se nos prenda
en el magma y el túnel
del abismo nos devore
entre la luz. Quizá ya sea
hora de regar las plantas,
de caer como semillas
sobre sus hojas y de-
jarnos enterrar.

XXIII

Las hormigas y los gri-
llos; los estuches de de-
seos de los jardineros.
Las semillas; las cabezas.
Las semillas en las caras,
las caras convertidas en
los infinitos mapas por
los que corre el sol que
no descansa; que abando-
nó su trono.

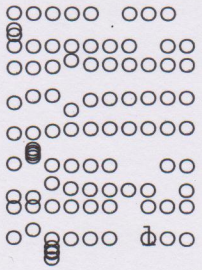
XXV

Parricidas. Todos. Un
cuerpo doblado de hace
silla, momificado, padre
de todas las madres que
también son padres. Parricidas
que se suben a los árboles,
los padres muertos los quieren

LA INGENS I STENCIA

XXV

Parricidas. Todos. Un cuerpo doblado se hace silla, momificado, padre de todas las madres que también son padres. Parricidas que se sūben a los árboles, los padres mūertos los persiguen. Aparece el abuelo y azota al padre muerto con un tronco. Los parricidas pueden bajar de los árboles, se hará lo que ellos digan, podrán comer con las gallinas mientras escuchan en el radio las noticias sobre muertes de niños en la nieve. Mientras las gallinas y los gallos sigan cacareando.

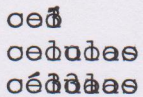


XXVI

Más allá de los planes del astronauta y de su carrera, se arranca del cordón umbilical de la nave un viajero sin rostro. Silencio incandescente.

XXVII

Los recorridos de los muros excavan para llegar al fuego, a la limpia voz de los acontecimientos, al gemido interno de las cosas. Jardineros, lunáticos, jardineros, carnosos, jardineros repletos de conductos y zanjás. Hendiduras expuestas yuxtaponiendo sus manos sobre una cosa.



XXVIII

No hay diferencia entre las manos. Piel traslapadas en diferentes instantes, piel y pelo; hacen ciegas, siembran semillas ciegas.

XXVIII

Diez días estuvieron en el espacio, imaginando sus cabezas sin caras, sus troncos sin extremidades, sus deseos sin sujeto. Diez días despilfarraron fotografías de sus amadas, de sus amantes o de sus hijos. Diez días inseminaron al vacío, se deshicieron y volvieron a hacerse en mugidos telepáticos.

Todos querían ir a la luna y olvidaban a los perros.

XXX

Los perros deseaban a la luna; serla, tragarla, lamerla, vomitarla. Los perros rondaban desesperados en el jardín, macho sin hembra, hembra sin macho. Los perros deslizaban sus huesos sobre sus colchones de pelo, sobre sus suspiros incontables, inagotables, y aullaban.

El gemido de los infinitos anagramas de los cuerpos, hacían sudar en silencio al espacio.

XXXI

Y ellos, con sus manos entretejidas, componiendo con los hilos negros de sus uñas un tejido de luz diminuto, un parpadeo rápido, una alucinación que solo se deja ver una vez.

XXXII

Un lugar donde se mezclen todos los tiempos no podría ser otro que un lugar sin lugar, un rostro sin las infraestructuras del mundo, un grito que desde lo más profundo sacuda a las torres más altas y a las certezas.

XXXIII

Ellos con sus manos, sus
manos con sangre entre las
venas conteniéndose por no
reventarse, queriendo man-
charse con la negra del
espacio.

XXXIIII

Y los perros tallan sus más-
caras y los astronautas se
inspiran en la distancia para
reproducirse. Nada podía le-
vantarles tanto el miembro
como un miembro de su equipo
con una carrera asegurada.
Pero el secreto se acurrú-
caba entre las capas doradas.
La comunicación. Hablar por
teléfono, ir a la luna.
Vamos al cine. Vamos a la luna.
Vamos a comer y a des-
velarnos mientras vemos a
nuestros semejantes estrellarse
en la luna.

XXXV

Contemplemos el cuerpo que
se hace un enjambre de estre-
llas, que se hace puntos in-
conexos, imposibles de es-
terilizar. Veamos al cuerpo
inseminar con todas sus células,
veamoslo perderse de sí mismo.
Penetremos a lo imposible. Pene-
trémoslo por delante y por
atrás. A ver a donde nos lleva,
a ver si juegan con nosotros
los perros, a ver si seducimos a la cara de perfil
incrustada en la luna, a ver si salen las lan-
gostas divididas con espacios parlantes entre sus
partes, a ver si la vola del lobo copula con la hoja,
y a ver si la bestia deja que manipulemos con las uñas
rojas sus fauces recién nacidas, su cuero cabelludo;
a ver qué somos en la primera mordida
de esas fauces.

XXXVI

La luna se hacía del tamaño del astronauta para hablarle, para gemirle suavemente hechizos al oído.

XXXVII

El jardín quiere recorrer el mundo en una alfombra voladora, en el centro del jardín palpita un santuario de barro, desintegrándose para que la luna lo haga viento o incontinenencia o silbido que despierta.

XXXVIII

Los perros merodean en el jardín flotante. Y la luna no está lista para ser conquistada, cuerpo plateado, espejismo de las rocas, semilla que no ha nacido todavía para surgir en lo más emnohecido del sueño.

XXXVIII

Los que hacen de su voz un jardín que mûta.

XXXX

Al diablo.

Los gemidos de las cosas se desordenan, ¡cómo gime el mundo; ¡Cómo gime; Ir a-a la luna, encontrar allá... Todos con cuerpos, saciando su sed, gritando, revoloteando, agitándose al paso de las cosas, sudando.

XXXXI

Querían dejar un secreto
en la luna para alivianar
los misterios de la carne que
palpita y sentir menos
angustia, menos nada.

Un tiempo milenario, un
tiempo dormido entre las
arrugas de lo desconocido,
un tiempo que huye del futuro
y se esconde entre los flujos
de las quimeras incoloras.

XXXXII

En espacio de flujos.

XXXXIII

Proyectiles de saliva se
desprenden de las profun-
didades del océano.

Ojalá cuando vuelvan haya aún
agua sobre la tierra, o
serán ellos la tierra cuando
el agua la haya abandonado.

